

## DISCURSO DE CONTESTACIÓN PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. D. MANUEL OLIVENCIA RUIZ

Excmo. Sr. Director  
Excmos. Señores Académicos  
Excmos. e Ilmos. Señores  
Señoras y Señores.

El honor que representa recibir en esta Real Corporación a la Prof<sup>a</sup>. Pilar León Alonso se ve incrementado en mi caso por el encargo de contestar, en nombre de la Academia, a su Discurso de ingreso. Vaya por delante mi gratitud al Excmo. Sr. D. Rogelio Reyes Cano, entonces Director, que acogió la petición de la electa, hoy recipiendaria, de que recayese en mí la designación, sin más fundamento que el por ella confesado al abrir el cofre de sus más nobles sentimientos en las primeras palabras de un bellissimo discurso: mi vinculación a la figura egregia del Excmo. Sr. D. José Acedo Castilla y mi firma, junto a la de éste, en la propuesta de candidatura de la Prof<sup>a</sup>. León Alonso. Mas he de aclarar, en estas relaciones de amistad que nos unen a través de esa gran autoridad en la materia que era nuestro *común* amigo –*común* por ser de ambos, pero no por frecuente–, y, aunque éste enseñase en su constante magisterio a cultivar tan sublime sentimiento, en esa paradigmática relación de confianza *intuitu personae* que nos une al amigo –*amiguillo*, solía decir él, con un diminutivo más afectivo que despectivo–, que en la propuesta de candidatura de la Prof<sup>a</sup>. León Alonso no existía el favor –*favor amicorum*–, sino el cono-

cimiento que, a través de la amistad, se había tenido de sus cualidades personales y de su obra, sólida base que justificaba plenamente la fundada propuesta. No había preferencia por razón de amistad, sino por razón de los méritos concurrentes en la persona amiga, de los que hoy hemos recibido cumplida prueba.

La muerte nos privó de nuestro común amigo, y a él, que ya gozará de todos los bienes, de la satisfacción terrenal de estar con nosotros hoy y aquí, en esta tribuna, orgulloso del ingreso académico de su patrocinada. No puedo yo suplirlo ni hacer sus veces, pero tampoco silenciar su recuerdo, que tiñe de emoción esta ceremonia gozosa. Lo es siempre la recepción de un nuevo miembro en el seno corporativo, una alegría que sigue a la tristeza de la pérdida de otro, en este caso, del Prof. Ignacio María De Lojendio, mi entrañable maestro, compañero y amigo, del que su sucesora en la plaza vacante acaba de hacer una emotiva y acertada semblanza. En el rosario de los sentimientos se inserta también el de su recuerdo.

Llega hoy a nuestra Real Academia una personalidad universitaria, en la plenitud de significados de ese sustantivo y ese adjetivo: universitaria por su cuna, por su genealogía, en el sentido griego de la palabra, por sus progenitores. Y he de retornar a la emoción del recuerdo y a la añoranza del pasado para evocar la memoria del Prof. León Castro y de su esposa, a quienes la mía y yo conocimos a nuestra llegada a Sevilla, en 1960, recién casados y recién ganada la Cátedra. En aquella pequeña Universidad provinciana de grandes maestros, eran frecuentes e intensas las relaciones personales entre catedráticos de las distintas Facultades, muy especialmente de las de Medicina y Derecho. Recordamos nuestro primer encuentro con los León Castro en casa de Alfonso y Margarita, los Cossío, anfitriones modelo de aquellos saraos universitarios. El Prof. León Castro, médico humanista, autoridad indiscutible en su arte, que también lo es el de curar al enfermo, era, sobre todo, un universitario cabal, de la vieja escuela; ahí está, rejuvenecida y lozana, en la generación de sus hijos, Pilar y José, mi antiguo discípulo en la Facultad de Derecho, en la que hoy ejerce su magisterio. Quien nace en ese ambiente y de él aprende tiene ganado un tramo de su formación

universitaria, que le alienta a seguir la carrera y le impulsa a ganarla. Pilar sintió cercana la llamada de la vocación universitaria y puso a su servicio su fina inteligencia y su gran capacidad de trabajo. Su brillante *currículo* es el trazo vital de su formación –primero- y de su producción –después-.

Licenciada en Filosofía y Letras con Premio Extraordinario, Doctora *cum laude*, obtiene ambos títulos en la Universidad de Sevilla, donde comienza su actividad docente, un *cursus honorum* que arranca en los escalones de Ayudante y Adjunto, para alcanzar, en 1983, la plaza de Agregado de la Universidad de Santiago, de donde pasa a Córdoba, en cuya Facultad accede a la Cátedra, en el mismo año, y donde permanece hasta su traslado, en el 2000, a la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla, en la que actualmente ejerce su magisterio.

Su vocación la orientó en seguida por la senda de la Arqueología, la joven ciencia de lo antiguo; digo “joven” porque no fue reconocida como tal sino a mediados del XIX, cuando se configura como un saber ordenado, dotado de sus propios principios y métodos, y de un objeto fascinante: descubrir vida en lo inerte, extraer alma de las piedras, traer el pasado al presente; “descubrir”, en el sentido más estricto del término, hallar lo existente pero ignorado, correr el velo que lo ocultaba –un velo que es materia que hay que excavar-, remover lo que lo sepultaba e interpretar lo descubierto.

A esa apasionante tarea ha dedicado su vida la nueva académica. Oficio, por cierto, el de arqueólogo muy benemérito y sufrido en esta ciudad, que levanta sobre las ruinas de un pasado glorioso un futuro de setas gigantes y negras catenarias.

Pilar es, ante todo, una universitaria “a tiempo completo”, de dedicación efectiva, que es algo más que “plena”, repartida entre las dos facetas esenciales del magisterio: la docencia y la investigación; la transmisión y el incremento de los saberes. Sus enseñanzas en cursos de licenciatura, de profesora asidua, cumplidora, que atrae a los alumnos a su disciplina, explican el éxito de su dirección de memorias y tesis doctorales, en número y en calificaciones que proyectan su magisterio en generaciones de nuevos investigadores formados en su escuela.

Pero es en la actividad investigadora donde más destaca la Prof<sup>a</sup>. León Alonso, en una carrera deslumbrante, que parte de su

condición de colaboradora científica del Instituto "Rodrigo Caro", del C.S.I.C., y de becaria de la Fundación "Alexander Von Humboldt", lo que le permite seguir estudios en Alemania bajo la guía de eminentes maestros, primero en la Universidad de Bonn (1975-1977) y después en el Instituto Arqueológico de Berlín (1984), para volver a Bonn (1989).

Pronto asume la dirección de proyectos tan importantes como el de investigación de la "*Nova Urbs italicense*" (1979-1984), la excavación en el yacimiento de Torreparedones (Baeza), y un conjunto de investigaciones en Andalucía centrado especialmente en la Córdoba y la Sevilla romanas (Hispalis, Itálica, Carmona, Écija). Pilar León Alonso ha excavado en nuestra tierra, ha descubierto muchos tesoros escondidos bajo su superficie y lo ha hecho con trabajo y con amor, o con "trabajo amoroso", que es el que debe realizar todo buen investigador. Lo ha hecho con el "mono de trabajo", con la competencia de su oficio, con la técnica de excelente arqueóloga; pero, sobre todo, con amor, con el sentimiento de cariño que hay que poner en la obra bien hecha, en la conquista de lo ignoto, en la comunicación del hallazgo, hasta alcanzar la felicidad en el trabajo. Y ese sentimiento se refleja fielmente en las publicaciones que posteriormente narran la tarea y los resultados de la investigación arqueológica y que permiten al lector descubrir la pasión que anima a emprender y ejecutar un proyecto hasta culminar el buen fin de la tarea. Porque creo que el descubrimiento arqueológico supera al de laboratorio o al de biblioteca en esa apasionada búsqueda de lo existente pero desconocido, en el misterio de sacar a la superficie lo sepultado y hacerlo materialmente, corporalmente, para, después, interpretar intelectualmente lo descubierto, lo que en terminología funeraria se llaman "restos" y gracias a la Arqueología cobra vida.

Tan apasionada tarea no sólo la ha realizado Pilar León Alonso excavando en tierra andaluza; su prestigio de autoridad goza de un reconocimiento nacional e internacional que cruza las fronteras y que le ha llevado a dirigir excavaciones tan importantes como las de Tívoli y Villa Adriana (subvencionada por la Soprintendenza Archeologica del Lazio), entre otras.

Junto a estos proyectos, de su dirección, participa en otros colectivos de investigación como los de "*Corpus Signorum Im-*

*perii Romani*", "*Conventos Hispalenses*" y "*Astigitanus*", o "*Arquitecturas Adrianeas*", actualmente en curso.

La labor investigadora se refleja en sus abundantes y ricas publicaciones (libros, obras colectivas y artículos de revistas), una sorprendente producción bibliográfica en varios idiomas (inglés, alemán, francés, italiano) y en ediciones nacionales y extranjeras, además de conferencias, ponencias y comunicaciones en Congresos y reuniones científicas, que expresan una presencia constante y autorizada en los foros de la especialidad.

Me resulta difícil distinguir sus obras más relevantes entre esta copiosa bibliografía, desde su espléndida monografía sobre *Séneca el Viejo* (Sevilla, 1982) hasta sus publicaciones sobre la excavación de Villa Adriana, en su gran mayoría, constancia documental de sus trabajos de campo, rendición de cuentas de la tarea descubridora e interpretación de sus resultados. Pero como mantengo que los sentimientos han de preceder a los conocimientos, me permito destacar aquellas publicaciones dedicadas a su maestro, Antonio Blanco Freijeiro, relevante universitario y autoridad indiscutible en su disciplina, a quien también conocí al incorporarme como catedrático a la Universidad de Sevilla, a la que él había llegado un año antes. Era el Prof. Blanco un humanista sabio, maestro en su cátedra y en la tertulia, conversador ingenioso, salpicado de humor galaico, *cum mica salis*, admirado por sus discípulos y por sus compañeros. Cuando concursó a la cátedra de Madrid, la Universidad de Sevilla perdió un maestro; su prematura muerte malogró una carrera de la que aún esperábamos mucho, la lógica continuación de una obra brillante e inteligente en la arqueología española.

Su discípula Pilar León Alonso, coeditora científica, con José M<sup>a</sup> Luzón, de la *Opera Minora Selecta* de Blanco Freijeiro (Sevilla, 1996), prologuista de la 10<sup>a</sup> edición de su *Arte Griego* (Madrid, 2000), dedicó a su memoria unas sentidas páginas en *Anales de Arqueología Cordobesa* y en *Archivo Español de Arqueología* (1991).

Sirva la evocación de esta gran figura para mantener mi tesis de que la Universidad no es sólo "*ayuntamiento* de maestros y escolares", en la versión del Rey Sabio, sino sobre todo, "*sucesión*", porque los escolares relevan a los maestros sin solu-

ción de continuidad. En eso consiste la esencia de la Universidad, su permanencia en el tiempo, que le distingue de lo esporádico o coyuntural y le da "solera", como en la crianza de nuestros vinos, que es el más viejo y generoso el que da vigor al nuevo. Claro que el joven discípulo también ha de ser "generoso" con sus maestros en gratitud y reconocimiento, y nuestra nueva académica lo es, como buena universitaria.

La obra de la Prof<sup>a</sup>. León Alonso es muy rica; pero, junto a sus aportaciones científicas, he de señalar sus informes a las Administraciones públicas en materias de su especialidad, una contribución a los intereses generales y a la cultura de nuestro pueblo, como también lo es su pertenencia a organismos asesores o colaboradores.

---

El tema del discurso de ingreso de nuestra nueva académica pudiera enunciarse invirtiendo el dicho popular: "el saber ocupa lugar". La adquisición de conocimientos y, más aún, la transmisión a otros se producen en las coordenadas de tiempo y lugar. Pilar busca los espacios de esos fenómenos en el mundo griego, lo que ya significa una delimitación espacial. También las ideas tienen partida de nacimiento, lugar y fecha. La filosofía griega, el Derecho romano y la religión judeo-cristiana, los tres ingredientes que constituyen los cimientos de la cultura occidental, llevan apellido gentilicio, para expresar su procedencia geográfica: Grecia, Roma, Judea.

En Grecia nace la filosofía y, con ella, la ciencia, en el sentido amplio del concepto, la victoria de la inteligencia humana sobre la confusión del mundo, la armonía y el orden que parten de las matemáticas, origen de lo que la académica Carmen Iglesias llama "*el optimismo cognoscitivo*"<sup>1</sup>. Aún más; como afirma Ortega, el hombre nació en Grecia –por cierto, ayudado por Sócrates, usando de las

---

1. *De Historia y de Literatura como elementos de ficción*, Discurso de ingreso en la Real Academia Española, Madrid, 2002, pp. 35 y ss.

artes de su madre, la partera- y todo “renacimiento” es un “volver a nacer en Grecia, un volver a abrevarse en la energía perenne de las ruinas helénicas, más perennes que el bronce”<sup>2</sup>.

Y nace el hombre en Grecia porque allí nace lo que con razón se denomina “humanismo” y “humanidades”. Sin ese ingrediente, ¿puede entenderse nuestra “cultura occidental”? Como tantas veces ha denunciado el helenista Francisco Rodríguez Adrados, paladín incansable de un movimiento que, desde la Universidad y las academias, clama en el desierto de la educación española, no se concibe la postergación de las humanidades y de los estudios clásicos en nuestra cada vez más devastada enseñanza secundaria.

Decimos que Roma, por su parte, es la cuna del Derecho; pero, como afirmé en mi Discurso de ingreso en esta Real Academia (*Letras y Letrados. Discurso sobre el lenguaje y los juristas*, Sevilla, 1983, cúmplense ahora veinticinco años), Grecia precedió a Roma en el Derecho escrito, realidad histórica que ilustré con los sabrosos versos de los *Cantares* de Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita:

“... Ansi fue, que los romanos las leyes non avien,  
Fueron las demandar a griegos que las tenien...”

La ley escrita la recibe Roma de Grecia, un pueblo de legisladores que dictan normas expresadas en palabras, mientras el genio romano fue más de juristas que de legisladores. Y no sólo en el Derecho; todo el pensamiento romano nace del antecedente griego; son las “ideas” de Grecia las que pulen a un pueblo tosco y rural como era el de Roma. El refinamiento intelectual de la tertulia de Escipión Emiliano (150 a. de C.) entra con el idioma helénico y, con él, como “lengua vehicular”, que ahora dicen, penetran la filosofía, las ciencias, las artes...

¿Y cuánta dosis de pensamiento griego, de humanismo, hay en los albores del cristianismo y reflejan los evangelios, a partir de que el “Verbo se hizo carne”?

---

2. “Sobre los estudios clásicos”, *Obras Completas*, Madrid, 1957, pp. 63 y ss.



Las tres piezas fundamentales de la cultura europea se engarzan, pues, como una armónica taracea; encajan sus zonas de contacto, aunque su procedencia sea diversa y la precedencia la ostente lo griego. Porque las ideas, que nacen en un lugar determinado, viajan, se trasladan, se transmiten, se expanden, y en ello consiste su vigor, su fuerza de aclimatación a otros lugares, a otros pueblos. Las que tuvieron por cuna a Grecia, hoy habitan en el espacio del mundo occidental.

Pilar León Alonso ha buscado, en aquellas “ruinas perennes” la cuna de esas ideas, el lugar de origen, los espacios concretos y determinados, dentro de lo que llama “el mundo griego”, para establecer una relación entre *topos* y *logos*. El saber y el pensamiento sólo constan si se revelan, si se exteriorizan; la ciencia oculta permanece en su cultivador y con él perece; sólo la que se declara, se expresa y se transmite a otros, se conoce. Por eso, los espacios de que trata Pilar León Alonso son lugares de reunión, de diálogo y de debate, de manifestación y cruce de ideas, de conversación, como el símbolo en que plasma el Discurso su bella reflexión conclusiva: la Asamblea de sabios, el maestro y los discípulos, la escuela. La cultura griega es, esencialmente, dialógica y necesita espacios y tiempos de coincidencia, citas en lugar y momentos conocidos por los miembros del grupo, recintos, edificios, sedes de reunión.

Clasifica los espacios el Discurso que acabamos de oír en tres categorías sistemáticas, en torno al *logos* (el gimnasio), el *papiro* (la biblioteca) y las *musas* (el *Museion*).

Pudiera parecer paradójico que los primeros espacios descritos por Pilar León Alonso sean los gimnasios; pero es que la griega es también cultura física, del cuerpo, de la estética del desnudo, de la competición deportiva, y esos espacios (*Pompeion*, *Academia*, *Liceo*, *Kynosarges*), originariamente destinados al ejercicio corporal, albergan después saber y pensamiento en el sentido moderno. Sus nombres –*Academia*, *Liceo*– han mantenido un significado acorde con esta última fase de su evolución.

Dos bibliotecas nos describe la Prof<sup>a</sup>. León Alonso: Alejandría –misteriosa, modélica, legendaria– y Pérgamo –cuna de las pieles soportes de la escritura de la época–.

Y, finalmente, el *Museion*, espacio del culto a las Musas, es la imagen de la pluralidad y de la especialización de los saberes.



La descripción de la arqueóloga reconstruye estos espacios con la delicadeza del pincel, el esmero en el tratamiento de los restos, la cuidadosa interpretación de las huellas; y, cuando éstas no existen, con el estudio profundo, escrupulosamente científico, de noticias, testimonios y referencias documentales.

Una lección de humanismo y de humanidades ha impartido esta mañana en nuestra Academia una mujer, la Prof<sup>a</sup>. León Alonso. Con nuestra felicitación y gratitud, deseo expresar la seguridad de que a esa primera lección seguirán muchas más.

---

Comencé con el recuerdo de D. José Acedo y quiero terminar con unas palabras extraídas de su Discurso de contestación al mío de ingreso en esta Casa:

«Creo haber cumplido con el precepto reglamentario, sin necesidad de contestar al nuevo Académico con otro discurso, pues en estos casos, lo discreto es que el llamado “padrino” deje por entero al “neófito” el papel de protagonista, en lugar de afanarse por aguar o compartir su triunfo».

Sigo la enseñanza de un maestro que lo fue en muchas disciplinas, no sólo en protocolo académico. Opto por la discreción, que es prudencia y tacto; sin duda, la mejor respuesta que merece el brillante y lúcido Discurso que hemos oído. Mis palabras se limitan a expresar el gozo de esta Real Academia por la incorporación de la Prof<sup>a</sup>. Pilar León Alonso, a dar la bienvenida más cordial a la nueva académica y desearle larga y fructífera estancia en este espacio del saber y del conocimiento, que ya es también suyo.

Muchas gracias.